

diestro, era la delicia de las delicias, exigencia del cuerpo y del alma, prurito que declaraba perentorias necesidades de la naturaleza. Días enteros pasaba pensando en el ratito que podía dedicar a la función o representándose los entretenidos episodios y pasos de ella. Y tanto repitieron los chicos aquel juego, que llegaron a organizarlo convenientemente, para lo cual tenía especial tino el gran Juanito del Socorro, sujeto de mucho tacto y autoridad. Era empresario y presidente, acomodador y naranjero. Dirigía las suertes y asignaba a cada cual su papel, reservándose siempre el de primer espada. A Felipe le tocaba siempre ser toro.

Quisieron proporcionarse una de esas cabezotas de mimbres que adornan las puertas de las cesterías; pero no lograron pasar del deseo al hecho, porque no había ningún rico en la cuadrilla, ni aunque se juntaran los capitales de todos, podrían llegar a la suma que se necesitaba. Se servían de una banasta, donde Felipe metía la cabeza. ¡Con qué furor salía él del toril, bramando, repartiendo testarazos, muertes y exterminio por donde quiera que pasaba! A éste derribaba, a aquél le metía el cuerno por la barriga, al otro levantaba en viño. Víctimas de su arrojo, muchos caían por el suelo, hasta que Juanito del Socorro, alias *Redador*, lo remataba gallarda y valerosamente dejándole tendido con media lengua fuera de la boca.

Cada cual contribuía con sus recursos y con su inventiva a dar todo el esplendor y propiedad posibles a la hermosa fiesta. No había detalle que no tuvieran presente, ni oportunidad que se escapara a aquellas imaginaciones llenas de viveza y lozanía. Blas Torres, que era hijo de un prendero, se proporcionó una capa de seda con galoncillos de plata. Algunos llevaban capa de percal, y otros se equipaban con un pedazo de cualquier tela. Perico Sáez, que era hijo del carnicero, presentó a la cuadrilla una adquisición admirable y de grandísimo precio: un rabo de buey, que Felipe se ataba en semejante parte para imitar la trasera del feroz animal. Con aquello y la banasta en la cabeza y los bramidos que daba parecía acabado de venir de la ganadería. Fuenmayor llevaba las banderillas de papel, y Gázquez, que era hijo del estanquero, llevaba una cosa muy necesaria en juego tan peligroso, a saber: tiras del papel engomado de los sellos para aplicarlo a las heridas, rozaduras y contusiones. El chico de la prestamista se había proporcionado una corneta para hacer las señales y algunos cascabeles para las mulas; y Alonso Pasarón, el de la tienda de ultramarinos, que era artista, pintor y tenía su caja de colores para hacer láminas, llevaba los carteles con una suerte pintada en verde y rojo, grandes letras y garabatos en que no faltaba palabra ni fecha, ni detalle de los que en tales rótulos se usan. Pero de cuanto aquellos benditos inventaron para imitar al vivo las corridas, nada era tan ingenioso como lo que se le ocurrió a Nicomedes, hijo del dueño de una tienda de sedas de la calle de Hortaleza. Este condenado reunió en su casa muchas varas de cinta en-

carnada; con ellas hacía un revuelto lío, se lo metía en la camisa junto a la barriga, y cuando en lo mejor de la lidia desempeñaba con admirable verdad, vendado un ojo, el papel de caballo, y venía el toro y le daba el tremendo topetazo en el cuerpo, empezaba a soltar cinta y más cinta y a cojear y dar relinchos y a hacer piruetas de dolor, con tal arte, que parecía que se le salían las tripas y que se las pisaba, como suele suceder a los caballos de verdad en la sangrienta arena de la plaza. Para que nada les faltara, también se habían adjudicado unos a otros sus *alias* en sustitución de los nombres verdaderos. A Nicomedes se le llamaba *Lengüita*, sin duda por lo mucho que hablaba. Blas Torres, ilustre hijo de una prendera, tenía por mote *Trapillos*. Felipe respondía por el *Iscuelero*, y Juanito del Socorro tenía un apodo a la vez popular y respetuoso, nombre peregrino, que declaraba en cierto modo su origen literario. Se le llamaba *Redador*.

En lo mejor de la pelea se presentaba un individuo de policía o el guarda del solar, y les echaba a la calle... Porque, verdaderamente, ¿qué cosa más contraria a la dignidad de una población que esta batahola de chicos en un solar cerrado, en día festivo, y cuando los mayores se entregan con delirio a las ardientes emociones del toreo verdadero? Los guindillas o polizontes municipales demostraban un celo digno de todo encomio en la corrección de estos abusos infantiles, y el guarda, enojadísimo porque profanaban la virginidad de su solar, la emprendía a escobazos con los lidiadores y... Dios nos libre de que alguno se le rebelara... Por la calle adelante salía corriendo la partida, perseguida activamente por la fuerza pública, y al fin se disolvía, sin más consecuencias y sin ninguna desgracia personal».

* * *

Para sentir el amor

Para sentir el amor
en su más alta expresión,
es necesario tener
en ascuas el corazón;

es necesario fundir
las ansias de nuestro ser,
en el divino crisol
del alma de una mujer.

Para sentir el amor
en su infinita amplitud,
a Dios debemos pedir
la fuerza de la virtud.

¡Que no se apague el fulgor
de esta divina pasión:
que nos arranquen mejor,
palpitante, el corazón.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, julio 1923.

La falta de respeto cometida con el toro de San Lucas, hace que lo arrojen de casa de los Polos.

Entra a servir de escudero y amigo a Alejandro Miquis «tan bueno, tan bueno, que no hacía más que disparates». Alejandro Miquis, el raro muchacho que tenía la monomanía de pagar sus deudas y de alborotar y hacer echar a correr de su bolsillo cuanta moneda quisiera reposar en él.

Ya tenemos a Celipín entre estudiantes en la casa de huéspedes de doña Virginia, muchachos traviesos y maleantes los más, y gentes de espíritu con tics muy marcados, como aquel de don Jesús Delgado que se pasaba la vida escribiéndose cartas a sí mismo.

Alejandro Miquis, a pesar de lo golooso que es de las damas y de que parece haber hecho voto de no castidad, es un chiquillo: nunca se le ve tomar la postura soberbia, grave o estúpida que toma la gente grande para jugar sus juegos de Amor, Política, Arte, Ciencia o Comercio. Juega al Amor o al Arte con el mismo estremecimiento voluptuoso con que ciertos niños escuchan cuentos de hadas o aparecidos o con el entusiasmo con que encumbran una cometa.

¡Tierna amistad la que nace entre estos dos seres, absurdo el uno en el comercio humano, confiado, inocente, optimista el otro, que se apoyan mutuamente en su debilidad!

Vive el segundo las fantasías del primero con la naturalidad con que viven los niños en el reino de las leyendas, y así su amo es a sus ojos el mismísimo duque de Osuna y él ni más ni menos que su humilde criado don Francisco de Quevedo.

Vagan por la ciudad como sólo los niños saben hacerlo: «Avidos, sin darse de ello cuenta, de los goces mentales que proporcionan los panoramas populares con paisajes y figuras, bajaban al río y entraban en grandes altercados con las lavanderas; daban la vuelta por las Injurias y las Yaserías; subían fatigados a Madrid después de cuestionar con los gitanos de la Ronda de Embajadores, y por último, algo tenían que hacer a las puertas de los cuarteles, oyendo conversaciones picantes entre mujeres y soldados».

«Se metían también en las iglesias a oír sermones y ver las beatas y oír cantorios y salmodías. En la puerta no faltaba un poco de palique con los mendigos. Hasta se atrevieron a colarse una tarde en la sacristía, de donde les echaron poco menos que a puntapiés».

Cruelles experiencias las del doctor Centeno al lado de Alejandro Miquis que se pone enfermo de tisis. Entre una y otra, sueña con su amo o estudia anatomía en el gato muerto de Rosilla Ido, y defiende el último acto del «Gran Osuna»—drama escrito por